



SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2019 - N.º 110

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfono:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

Hablemos de la Santísima Trinidad

Las palabras de Jesús en el Evangelio sobre la Santísima Trinidad, nos transmiten veladamente el misterio de Dios que es Uno y Trino, Uno en esencia y Trino en Personas. Jesús dice a sus discípulos que aún le quedan muchas cosas por decirles, pero cuando venga el Espíritu de la Verdad que es el Espíritu Santo, les guiará hasta la verdad plena, y la verdad plena es precisamente la revelación del misterio de Dios. Jesús mismo les dice con palabras claras que todo lo que tiene el Padre es suyo, por eso, el Espíritu Santo tomará de lo suyo y se lo anunciará.

Puede parecer extraño hablar de la Santísima Trinidad, porque se supone que todos los cristianos deben saber más o menos explicarlo en los términos definidos por la Iglesia, aunque no deje de ser un misterio que tres personas sean un solo Dios verdadero. Sin embargo, muchos cristianos ni siquiera saben formular este misterio, entonces ¿cómo van a tener un trato personal con cada una de las Personas divinas? La liturgia de la Iglesia en el prefacio de la Misa de la Santísima Trinidad proclama: *Que con tu único Hijo y el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor; no una sola Persona, sino tres Personas en una sola naturaleza. Y lo que creemos de tu gloria, porque tú lo revelaste, lo afirmamos también de tu Hijo, y también del Espíritu Santo, sin diferencia ni distinción.*

Se puede entender un poco el misterio de la Santísima Trinidad partiendo de la base de que Dios es Amor, y el amor es lo contrario al egoísmo. Para amar hace falta alguien a quien amar, y cuando el amor es pleno, es fecundo. El Espíritu Santo es el amor personal que se tienen el Padre y el Hijo, y que procede de ambos, el Hijo es el fruto del amor del Padre, es decir, el Padre engendra al Hijo eternamente y el Hijo es eternamente engendrado por el Padre, por eso, el Padre es fuente y origen de toda la Trinidad y entre los tres hay una eterna comunión de amor. El amor de Dios es tan grande que decidieron crear a los Ángeles y a los hombres para poderlos amar y ser amados por ellos, y para eso nos creó libres. Las personas para amar libremente tienen que vencer la resistencia interior del egoísmo, que es un desordenado amor de sí mismo, para poder darse a los demás y a la familia. Es en la familia donde se aprende a amar a la Santísima Trinidad, haciendo la señal de la cruz, y la fórmula: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...

Sabemos -porque ha sido revelado- que el alma que vive en estado de gracia tiene la inhabitación de la Santísima Trinidad, es decir, su presencia en el alma. Esto es una verdad de fe. La Sagrada Escritura es clara en este aspecto. Si alguno me ama mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos mansión (Jn 14,23) ¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? El templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros (1 Co 3,16-17). Podríamos seguir citando párrafos de la Biblia, pero en otro momento nos extenderemos más. La Virgen María fue quien más y mejor trató a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ella es quien más nos puede ayudar a conocerles.

P. J. S. P.

EL CISMA DE OCCIDENTE

Una casa dividida (I)

En la ciudad de Constanza, repleta de representantes de toda la Cristiandad, se ponía término el año 1414 al Cisma de Occidente, el gran escándalo que había sacudido Occidente desde hacía casi cuarenta años y que sentó las bases de la división religiosa que supuso la Reforma protestante.

DE AVIGNON A ROMA: ORÍGENES DE UNA DIVISIÓN

En 1378 fallecía en Roma el Papa Gregorio XI, el último de los Papas que había residido en Avignon y que, a instancias de Santa Brígida de Suecia, decidió finalmente retornar la residencia papal a la Ciudad Eterna. Su muerte supuso el fin de casi cuarenta años de ausencia papal de Roma, iniciada bajo el pontificado de Clemente V, el primero de los Papas en residir permanentemente fuera de Roma, y bajo la atenta vigilancia del monarca francés.

Durante la estancia papal en suelo galo, se había producido un proceso de resquebrajamiento del prestigio de la Iglesia y del papado nunca antes visto. En Avignon, los papas habían terminado de perfilar la estructura de la Curia papal, centralizando en ella los principales nombramientos de beneficios eclesiásticos y recaudando inmensas cantidades de dinero, procedentes de toda la Cristiandad. Esta centralización y fiscalización papal produjo un descon-

tento generalizado entre los cristianos, a lo que se unía la excesiva dependencia política del Papa con respecto al Rey de Francia, lo que produjo acusaciones de imparcialidad en las intervenciones políticas de la Santa Sede durante dicho periodo.

Sin embargo, hacia finales del siglo XIV, va surgiendo el deseo de la Cristiandad del retorno de los Papas a Roma, ciudad por entonces desolada por las luchas de las familias patricias, y cuyos habitantes veían con tristeza e impotencia la ruina de los grandes monumentos de la Cristiandad, entre ellos la misma Basílica de San Pedro. Gracias a la labor de santas insignes como Santa Catalina de Siena y Santa Brígida de Suecia, y de hombres de Estado como el Cardenal español Gil de Albornoz, la situación fue haciéndose propicia para el retorno papal a Roma y la liberación del yugo francés del Papado. Así, Urbano V en 1367, regresa a Roma, pero, ante los desórdenes internos de la Ciudad Eterna, regresa a Avignon en 1370; sin embargo, su sucesor, Gregorio XI, bajo la guía de Santa Catalina de Siena, toma la decisión definitiva de abandonar territorio francés y restablecer la sede papal en Roma. Allí moriría en 1377, rodeado de cardenales franceses que, según su testimonio, oyeron al propio Papa arrepentirse de haber tomado la decisión de abandonar el seguro refugio francés para habitar en la ingobernable Roma.



BENEDICTO XIII "EL PAPA LUNA"

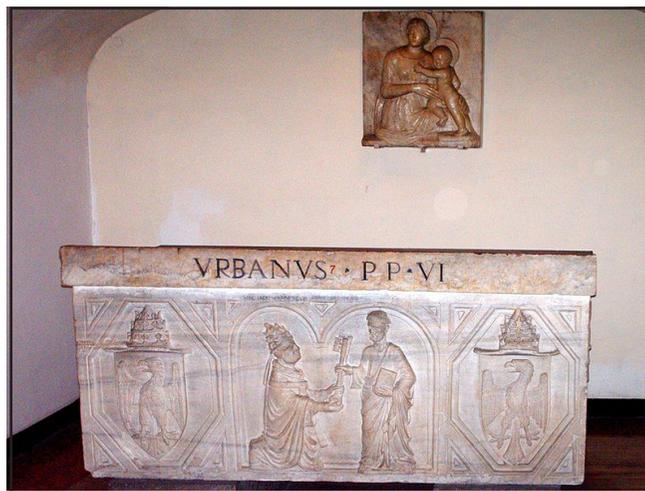
DE LA UNIDAD A LA DIVISIÓN: EL CISMA DE LA CRISTIANDAD

Desde 1053, fecha en que se formalizó la división entre la Iglesia de Occidente y Oriente, con el Cisma de Focio, la Cristiandad no había vivido una crisis institucional tan aguda como la que se inauguró en 1378 con la elección de Urbano VI como sucesor de Gregorio XI. El Cisma de Occidente no sólo supuso una división institucional de la Iglesia en dos y tres obediencias papales, sino también moral y espiritual, con graves repercusiones para el futuro.

El Cónclave que debía elegir al sucesor de Gregorio XI fue accidentado y convulso. Años de influencia francesa en el Papado y la Iglesia habían soliviantado al pueblo romano que deseaba un Papa romano o, al menos, italiano. Bloqueados en las votaciones y bajo la amenaza de ser atacados por la plebe furiosa, los cardenales decidieron elegir a un italiano como sucesor de Gregorio XI: Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari. Este, que ni siquiera era cardenal ni estaba presente en el Cónclave, parecía el candidato idóneo para apaciguar los ánimos de la plebe y contentar a los franceses: hombre de la curia, italiano semifrancés, doctrinalmente seguro y de carácter, aparentemente, tranquilo. Parecía un hombre de consenso, que se dedicaría con ahínco a la reforma de la Iglesia y de la Curia, sin suponer un obstáculo político a los intereses de Francia y sin molestar a ningún bando cardenalicio.

Todos, sin reserva mental alguna, aceptaron la elección y le rindieron la debida obediencia como era costumbre. Sin embargo, estas empezaron a surgir o plantearse a raíz de su actuación como Pontífice, muy alejada de la moderación y dulzura que santa Catalina de Siena le aconsejaba en sus cartas. En sus homilías a la Curia y los cardenales lanzaban virulentos ataques contra sus defectos y corruptelas; y atacaba a los obispos públicamente por residir en la Curia romana, buscando prebendas, descuidando así a sus feligreses. Ello llevó a muchos a empezar a dudar de si la elección había sido válida o no, en razón de las presiones que se habían recibido por parte de la plebe romana para agilizar la elección. Se iniciaron, entonces, los primeros movimientos contra Urbano, liderados por el Cardenal de Amiens, Juan de la Grange, que capitalizó la oposición contra el Papa, y que él no pudo frenar a pesar de sus intentos, como, por ejemplo, de nombrar nuevos cardenales de origen italiano.

Los conspiradores encontraron ocasión propicia para dar su golpe contra Urbano con ocasión del



TUMBA DEL PAPA URBANO VI

verano romano, que les sirvió de excusa para formalizar su ruptura con aquel que, según ellos, no era el legítimo Papa. Establecidos Agnani, los cardenales franceses, a los que se unió el Cardenal aragonés Pedro de Luna, futuro “Benedicto XIII”, resolvieron declarar nula la elección de Urbano VI por falta de libertad en el ejercicio de su voto en el Cónclave. Trasladándose a la ciudad de Fondi, en el reino de Nápoles, aliado de Francia, los cardenales rebeldes, tras rechazar diversas vías para solucionar la cuestión de la legitimidad de Urbano VI, eligieron como Papa legítimo a Roberto de Ginebra, que gobernaría en Avignon con el nombre de “Clemente VII”. Con esta elección se daba inicio al Cisma de Occidente, que dividió la Cristiandad en dos obediencias (Roma y Avignon) y sumió a la Cristiandad en una profunda crisis espiritual e institucional, que acontecía a la par de la Guerra de los Cien Años, cuyos contendientes se apoyarían en uno u otro Papa, convirtiendo el conflicto eclesial en un conflicto político.

No hay duda de la legitimidad de Urbano VI, a pesar de lo tormentoso y precipitado de su elección. Las públicas manifestaciones de adhesión al nuevo Pontífice, la solicitud de beneficios y prebendas a éste y el homenaje de los príncipes cristianos, constituye prueba suficiente de que toda la Cristiandad le reconocía como tal antes del estallido del Cisma.

UNA CASA DIVIDIDA: LA CRISTIANDAD EN CRISIS

El inicio y desarrollo del Cisma hasta la convocatoria del Concilio de Constanza dio lugar a una de las peores crisis institucionales, espirituales y morales que vivió la Iglesia a lo largo de la Edad Media.

Disminución de la autoridad papal, relajamiento de costumbres y proliferación de visionarios y pseudopropetas, fue la tónica general del periodo que sembró el terreno para la reforma luterana. El Papa,



CLEMENTE VI, PAPA DE AVIGNON

tanto en Roma como en Avignon, se vio en la necesidad de ceder parcelas de autoridad para garantizar la lealtad de los reyes a su causa, concediendo a éstos, amplios poderes en los asuntos jurisdiccionales de la Iglesia en sus respectivos reinos. Dentro de la Iglesia, esta disminución de la autoridad pontificia se tradujo en una relajación de costumbres dentro del clero, tanto secular como regular, que afectaría profundamente a la vida religiosa de los fieles cristianos: como pago a apoyos y favores, eran elevados a la dignidad episcopal personajes indignos, con un comportamiento moral más que dudoso y poco interesados en los asuntos espirituales de la Iglesia; algo similar ocurría entre el bajo clero, tanto regular como secular, que aumentó de forma desproporcionada con individuos sin vocación, que buscaban en la vida religiosa una forma de vida fácil y de sustento asegurado. Esta situación, tantas veces lamentada por los concilios particulares, repercutió negativamente en la vivencia del celibato, ya que muchos de ellos vivían en público concubinato, alentando la opinión de aquellos que proponían su supresión para poner fin a tanto escándalo. A este respecto, destacó la defensa del mismo por parte del autor eclesiástico Juan Gerson quien, frente a los detractores de esta ley eclesiástica, sostenía que su vivencia no era difícil de imponerse, siempre y cuando se diese a los candidatos al sacerdocio una educación conforme a su alta vocación.

A este descrédito de la institución eclesial, se unió el fenómeno de los visionarios y pseudoprofetras, que, como en cualquier tiempo de crisis, inundaron los campos y ciudades de la Europa del siglo XV. La llegada del anticristo y el inminente fin del mundo eran los temas preferidos de estos agoreros medievales, como también el anuncio de la llegada inminente del Papa angelicus, que vendría a poner orden en la Iglesia e iniciar una era de paz y prosperidad. Esta situación

de inquietud espiritual, dio lugar, también, a una serie de herejías que, andado el tiempo, desembocarían en las doctrinas de Lutero. Separadas entre sí por el tiempo y el lugar, las doctrinas del inglés Wyclif y del checo Hus coincidían en su rechazo de la Iglesia institucional y visible, de la Tradición, del sacerdocio ministerial y de los sacramentos, en especial de la Eucaristía; frente a ello, defendían una Iglesia espiritual, formada por los predestinados, que tendría como única norma de fe la Sagrada Escritura y sometida al arbitrio del Estado. Esas tesis, con muy pocas variaciones, serían asumidas un siglo después por el heresiarca Lutero quien tuvo en ambos herejes dos destacados predecesores.

Triste panorama, pues, el que presentaba la Iglesia de finales del siglo XIV y principios del XV, que en poco o nada se parecía a la Cristiandad gloriosa y triunfante del siglo XIII. Aun así, cabe destacar que, en medio de tanto pecado y mediocridad, siguió floreciendo en la Iglesia la santidad, la vida religiosa y la coherencia de vida. Así, por ejemplo, encontramos la figura de San Vicente Ferrer, insigne predicador y consejero del Papa Benedicto XIII de Avignon, que, con sus sermones sobre los novísimos, movía a la conversión, y que tuvo un papel destacado en la resolución del Cisma; o de Juan Gerson, anteriormente citado, prolífico autor ascético y místico, cuyas obras tanto ayudaron a la vida espiritual de aquellos tiempos y a la configuración de la llamada Devotio moderna, una nueva forma de espiritualidad, que inspiró obras como la Imitación de Cristo, que buscaba un cristianismo más auténtico e interior. Junto a ellos, miles de cristianos que deseaban una verdadera renovación de la Iglesia, empezando necesariamente por su cabeza visible, y que trabajaron denodadamente por la solución del Cisma y el retorno a la unidad.

CONCLUSIÓN

El Cisma de Occidente supuso el colofón de una crisis eclesial iniciada en los inicios del siglo XIV con la conversión del Papa en “prisionero” del Rey de Francia y que culmina con la rebelión de los cardenales franceses ante las maneras despóticas de Urbano VI. Desde 1378 hasta 1414 la Cristiandad se encuentra dividida y atormentada, los intereses políticos mezclados con los religiosos y el clero y los fieles desorientados.

Ante esta situación, era necesario buscar una solución que lograra restablecer la unidad e impulsar la tan necesaria reforma de la Iglesia. Habría que esperar a la convocatoria del Concilio de Constanza para dar inicio a tal deseo, aunque, como veremos, se producirá un nuevo problema que pondría en peligro la tan deseada unidad y reforma.

VICENTE RAMÓN ESCANDELL ABAD, PBRO.